

LIBRO OCTAVO.

DECRECIMIENTO CREPUSCULAR

I

El cuarto bajo.

Al día siguiente, al anochecer, Juan Valjean llamó á la puerta-cochera de la casa del señor Guillenormand. Vasco fué quien le recibió. Vasco estaba en el patio como á propósito y obedeciendo una orden. A veces basta con decir á un criado: "Estad atento para cuando venga Fulano".

Vasco, sin aguardar á que Juan Valjean se adelantase hacia él, le dirigió la palabra:

—El señor barón me ha encargado os pregunte si deseáis subir, ó esperar aquí.

—Quedarme aquí—respondió Juan Valjean.

Vasco, respetuoso como siempre, abrió la puerta de la sala baja, y dijo:—Voy á avisar á la señora.

La pieza en que entró Juan Valjean era un cuarto bajo, abovedado y húmedo, que servía á veces de bodega, con salida á la calle, enladrillado de baldosas encarnadas y mal alumbrado por una ventana enrejada.

No era este cuarto de los que dan mucho que hacer á los zorros, el plumero y la escoba. El polvo yacía allí tranquilo. La persecución de las arañas no estaba, en verdad, organizada. Una hermosa tela, anchamente desplegada, muy negra, adornada de moscas muertas, giraba al rededor de uno de los vidrios de la ventana. La sala, pequeña y baja de techo, estaba amueblada con una porción de botellas vacías, amontonadas en un rincón. La pared, enjalbegada de ocre amarillo, se iba desarrevocando á grandes trozos. Había en el fondo una chimenea con repisa estrecha de madera, pintada de negro. En esta chimenea había fuego; lo cual daba á entender que se había contado con la respuesta de Juan Valjean: "Quedarme aquí".

A ambos lados de la chimenea había un sillón, y entre éstos, se extendía hacien-

do de alfombra, una antigua esterita de pie de cama, mostrando más urdimbre que trama.

Tenía la habitación por alumbrado la llama de la chimenea y el crepúsculo de la ventana.

Juan Valjean estaba fatigado. Hacía algunos días que no comía ni descansaba. Dejóse caer en uno de los sillones.

Vasco volvió, puso sobre la chimenea una bujía encendida y se retiró, sin que Juan Valjean, con la cabeza inclinada y la barba sobre el pecho, advirtiera la presencia de Vasco ni la bujía.

De repente se levantó como sobresaltado. Cosette estaba detrás de él.

No la había visto entrar; pero había sentido que entraba.

Volvió la cabeza y contemplóla. Estaba adorablemente bella; pero lo que él contemplaba con su profunda mirada no era la belleza, era el alma.

—Padre—exclamó Cosette,—ya yo me sabía vuestras singularidades, pero jamás me hubiera figurado que llegasen á tanto. ¡Vaya una ocurrencia! Me ha dicho Mario que sois vos quien se empeña en que le reciba aquí.

—Sí, yo soy.

—Ya me esperaba, no obstante, esta respuesta. Está bien. Os prevengo que voy á armar un escándalo. Empecemos por el principio. Padre, abrazadme.

Y le presentó la mejilla.

Juan Valjean permaneció inmóvil.

—No os movéis. Está visto; actitud de culpable. Pero no importa, os perdono. Jesucristo ha dicho: "Presentad la otra mejilla". Aquí la tenéis.

Juan Valjean no se movió tampoco; parecía tener los pies clavados en el suelo.

—Esto se pone serio—dijo Cosette.—¿Qué os he hecho yo? Me creo ofendida, y me debéis una satisfacción. Comeréis con nosotros.

—He comido ya.

—No es verdad. Haré que el señor Guillenormand os reprenda. Los abuelos son los encargados de regañar á los padres. Vamos, subid conmigo á la sala en seguida.

—Imposible.

Aquí perdió Cosette un poco de terreno. Cesó de mandar y pasó á las preguntas.

—Pero ¿por qué? ¡Y habéis escogido para visitarme el cuarto peor de la casa! Esto es horrible.

—Tú sabes...

Juan Valjean rectificó:

—Ya lo sabéis, señora, soy algo raro, tengo mis manías.

Cosette chocó sus pequeñas manos una contra otra.

—¡Señora!... ¡sabéis!... ¡Otra novedad! ¿Qué significa esto?

Juan Valjean le dirigió aquella sonrisa dolorosa á que de vez en cuando recurría.

—Habéis querido ser señora, y ya lo sois.

—Pero no para vos, padre.

—No me llaméis padre.

—¿Cómo?

—Llamadme señor Juan, Juan, si queréis.

—¿No sois ya mi padre? ¿No soy ya Cosette? ¿Vos sois el señor Juan? ¿Qué significa todo esto? ¿Qué revolución es esta? ¿Qué ha pasado? Miradme á la cara. ¡Y no aceptáis el vivir con nosotros! ¡Y no queréis el cuarto que se os tenía destinado! ¿Qué os he hecho yo? ¿Qué os he hecho? ¡Ha de haber aquí algo que!...

—Nada.

—Pues, ¿y entonces?

—Todo sigue lo mismo.

—¿Por qué cambiáis de nombre?

—También habéis vos cambiado el vuestro.

Sonrióse entonces como antes, y añadió:

—Puesto que sois la señora de Pontmercy, muy bien puedo ser yo el señor Juan.

—Nada comprendo. Todo esto raya en lo bárbaro. Pediré permiso á mi marido para que seáis el señor Juan; y espero que no ha de consentirlo. Me causáis pesadumbre. En hora buena que se tengan manías, mas no hasta el punto de dar pena á su hijita Cosette. Malo es esto; y vos no tenéis derecho para las cosas malas, vos que sois tan bueno.

Juan Valjean no respondió.

Tomóle ella vivamente ambas manos, y con un movimiento irresistible, levantándolas al nivel de su rostro, las estrechó contra su cuello junto á la barba, lo cual es un gesto de profundo cariño.

—¡Oh!—le dijo.—¡Sed bueno!

Y prosiguió:

—Ved á lo que yo llamo ser bueno, ser amable: venid á vivir en nuestra compañía; aquí hay pájaros como en la calle Plumet; dejad ese tabuco de la calle del Hombre Armado; no me hagáis adivinar charadas, sed como los demás hombres; almorzad y comed con nosotros; sed, como os tengo dicho, mi padre.

El apartó las manos.

—No necesitáis ya de padre; tenéis ya marido.

Cosette se incomodó.

—¡Que no necesito padre! Esto está fuera del sentido común. ¡En verdad que no sé qué he de deciros!

—Si la tía Santos estuviese aquí—repuso Juan Valjean, como quien busca testigos para asirse hasta de un cabello,—sería la primera en convenir que siempre he obrado á mi modo. Nada hay en todo ello de particular. Siempre me ha gustado mi oscuro rincón.

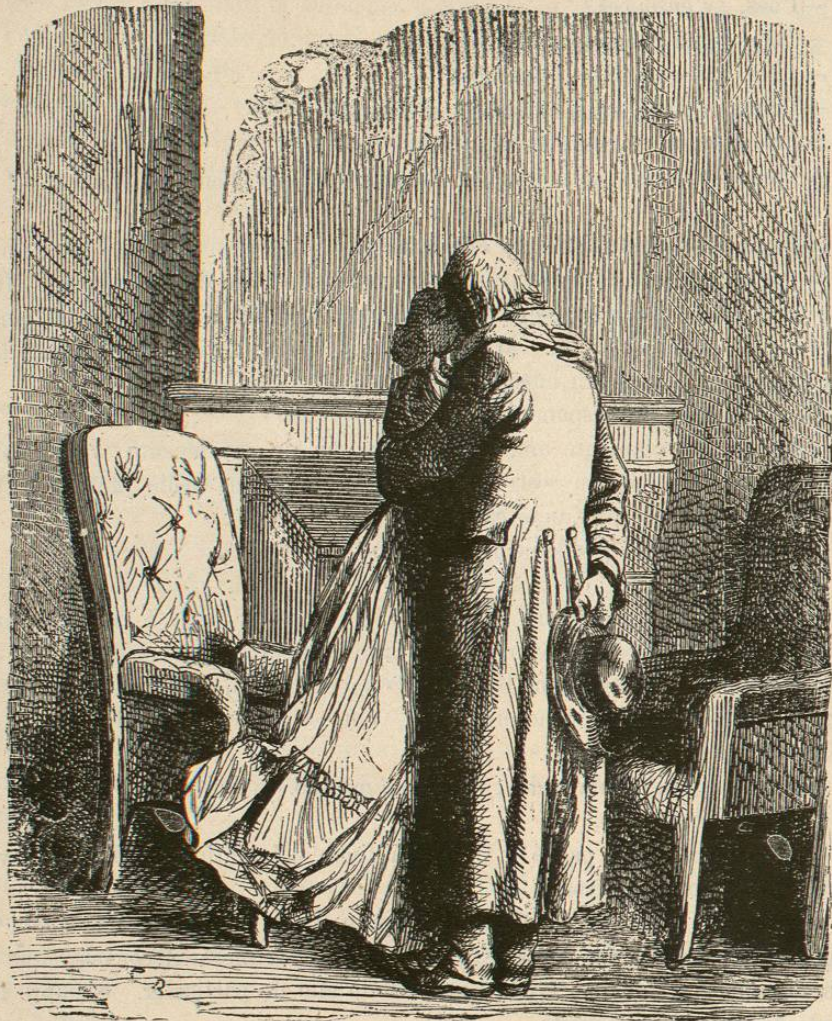
—Pero aquí hace frío, aquí apenas se ve. Es abominable eso de quererse llamar señor Juan. Y yo me opongo á que me tratéis de vos.

—Al venir—respondió Juan Valjean,—he visto en la calle de San Luis un gracioso mueble, en casa de un ebanista. Si yo fuese mujer y bonita, no dejaría de comprarlo. Es un tocador magnífico, de estos que llamáis de palo de rosa, tiene incrustaciones y una luna muy grande. Tiene sus cajoncitos. Es bellísimo.

—¡Oh! ¡Qué hombre tan raro!—replicó Cosette.

Y con exquisito donaire, apretando los dientes y separando los labios, sopló contra Juan Valjean. Era una Gracia copiando á una gata.

—Estoy furiosa—prosiguió.—Desde ayer me estáis haciendo todos rabiar; estoy muy incomodada. No comprendo una palabra. Ni vos me defendéis contra Mario, ni Mario me ampara contra vos; estoy sola. Arreglo un cuarto bonitamente; á Dios mismo habría puesto en él si hubiese podido. Y me dejáis desairada con mi cuarto. Encargo á Nicolassita una buena comida, y veo despreciado mi convite. Mi padre Fauchelvent quiere que le llame señor Juan, y que le re-



eiba en una cueva vieja y húmeda, en cuyas paredes nacen barbas, y donde, por cristales, hay botellas vacías, y por cortinas telarañas. Sois un hombre muy raro, convengo en ello; tenéis ese carácter; pero ¿no se ha de conceder alguna tregua á los que se casan? ¿Por qué volver tan pronto á vuestras rarezas? ¿Vais, pues, á vivir muy contento en vuestra abominable calle del Hombre Armado? ¿Y cuánto me he desesperado yo en ella? ¿Estáis resentido contra mí? Me estáis apenando en alto grado. ¡Id, pues!

Y formalizándose de repente, clavó la vista en Juan Valjean, añadiendo:

—Esto es demostrar que no queréis que sea yo feliz.

La ingenuidad, sin saberlo, penetra á veces en lo más hondo. Estas palabras, sencillas para Cosette, eran profundas para Juan Valjean. Cosette quería sólo arañar, y destrozaba.

Juan Valjean palideció.

Permaneció un instante sin responder; luego con acento indescriptible y hablando consigo mismo, murmuró:

—Su felicidad era el único fin de mi vida. Dios puede hoy echarme de este mundo: Cosette, eres dichosa, y mi misión ha terminado.

—¡Ah! ¡Me habéis tuteado!—exclamó Cosette.

Y saltó á su cuello.

Juan Valjean, desvanecido, la estrechó contra su pecho, pareciéndole casi que la recobraba.

—¡Gracias, padre!—le dijo Cosette.

Semejante arrebató iba á volverse doloroso para Juan Valjean.

Desprendióse dulcemente de los brazos de Cosette, y tomó su sombrero.

—¿Qué es eso?—preguntó Cosette.

Juan Valjean respondió:

—Me retiro, señora; os están aguardando.

Y desde el umbral de la puerta, añadió:

—Os he tuteado. Decid á vuestro esposo que no me volverá á suceder. Perdonadme.

Y Juan Valjean se fué, dejando á Cosette estupefacta con tan enigmática despedida.

II

Otro paso atrás.

Al día siguiente á la misma hora volvió Juan Valjean.

Cosette no le hizo ya preguntas, ni se mostró admirada, ni dijo que sentía frío ni habló más de la sala; evitó también llamarle padre, ni señor Juan; dejando que la tratase de vos y que la llamase señora solamente.

Había en su semblante menos alegría. Casi estaba triste y lo habría estado, si le hubiese sido posible.

Probablemente había tenido con Mario una de esas conversaciones en que el hombre amado dice lo que quiere, y sin explicar nada, satisface á la mujer amada. La curiosidad de los enamorados no acostumbra á salirse de los límites de su amor.

La sala baja estaba un poco más decente. Vasco había suprimido las botellas y Nicolassita las arañas.

Todos los días que se iban sucediendo conducían allí á la misma hora á Juan Valjean; no tuvo éste valor para tomar las palabras de Mario de otro modo que á la letra. Mario, por su parte, para no tener que asistir, se ingenió de manera

que siempre estaba ausente á las horas en que iba Juan Valjean. Las personas de la casa se acostumbraron á aquel nuevo capricho del señor Fauchelvent. La tía Santos contribuyó á ello, repitiendo que "el señor había sido siempre así". El abuelo decretó que era "muy original". Y esto basta. Además, á los noventa años no son posibles ya nuevas relaciones; todo es justaposición; un recién venido es una molestia. No hay sitio para él, todos los hábitos están adquiridos.

El señor Guillenormand se alegró de verse desembarazado de "aquel señor", de aquel Fauchelvent ó Tranchalvent, y añadió: "Esos tipos extravagantes son muy comunes. Hacen toda clase de rarezas, y sin el menor motivo. El marqués de Canaples era peor aún, pues compró un palacio para vivir en las buhardillas. Son apariencias fantásticas que dan á ciertas gentes".

Nadie entrevió la siniestra realidad. ¿Ni quién había de ir á adivinar tal cosa? Hay pantanos de éstos en la India; el agua ofrece un aspecto extraordinario, inexplicable, que se estremece sin impulsarla el viento, que se agita cuando debiera estar en calma. Se ven los borbotones sin causa en la superficie, no se distingue la hidra que se arrastra en el fondo.

Muchos hombres tienen también un monstruo secreto, un mal que alimentan, un dragón que los roe, una desesperación que anida en su obscuridad. Individuo hay que se parece á los demás individuos, va y viene, y nadie sabe que lleva en su seno un terrible dolor parásito que le está devorando con sus mil dientes, el cual vive dentro del miserable, á quien mata. Nadie sabe que aquel hombre es un abismo. Está estancado, pero profundo. De vez en cuando se nota cierta conmoción incomprensible en la superficie. Fórmase una onda misteriosa, que se desvanece y vuelve luego á aparecer. Una burbuja de aire sube y revienta. Aquella cosa, insignificante al parecer, es terrible. Es la respiración del animal desconocido.

Ciertas costumbres extrañas: el llegar á la hora en que los demás se marchan, el ocultarse cuando los otros se dejan ver, el cubrirse en todas ocasiones con la capa que podría llamarse de color de pared, buscar el paseo solitario, preferir la calle desierta, no mezclarse en las conversaciones, evitar las multitudes y las fiestas, aparentar que se está bien y vivir pobremente, tener, aunque rico, la llave de la casa en el bolsillo y la vela en la portería, entrar por la puerta excusada, subir por la escalera secreta; todas estas singularidades insignificantes, es decir, ondas, burbujas, círculos fugitivos en la superficie, provienen muchas veces de un fondo formidable.

Se pasaron así muchas semanas. Poco á poco entró Cosette en una vida nueva: las relaciones que crea el matrimonio, las visitas, los cuidados de la casa, las diversiones, estos grandes deberes. Las diversiones no eran costosas; reducíanse á una sola: estar con Mario. La principal ocupación de Cosette era salir con él y no separarse de su lado. Ambos sentían un placer cada vez mayor en pasearse asidos del brazo, á la luz del sol, en plena calle, á la vista de todo el mundo, los dos solos.

Cosette experimentó una contrariedad. La tía Santos no pudo llevarse bien con Nicolassita; el choque de dos solteronas es imposible, y se marchó. El abuelo seguía contento y satisfecho; Mario defendía alguno que otro pleito y la tía Guillenormand vivía agradablemente en la nueva familia una vida lateral que parecía bastarle. Juan Valjean hacía todos los días su visita.

Desaparecido el tuteo, el vos, la señora, el señor Juan, en junto le hacían parecer otro á los ojos de Cosette. El cuidado que él mismo había puesto en desaparecerla de él, iba produciendo su resultado. Ella estaba cada vez más alegre, pero menos tierna. Sin embargo, Cosette seguía siendo siempre la misma, queriéndole mucho, y él lo conocía.

Un día le dijo ella de súbito: Eras mi padre, y habéis dejado de serlo; fuisteis mi tío, y no lo sois tampoco: erais el señor Fauchelvent y ahora sois el señor Juan. ¿Quién sois, pues, realmente? Nada de esto me agrada. Si no supiera cuán bueno sois, os tendría miedo.

El continuaba viviendo en la calle del Hombre Armado, no pudiendo resolverse á dejar el barrio en que habitaba Cosette.

Al principio no permanecía al lado de Cosette sino unos cuantos minutos, y luego se iba.

Poco á poco se fué acostumbrando á prolongar sus visitas, como si aprovechase la autorización de los días, que crecían también. Llegaba más pronto y se despedía más tarde.

Un día se le escapó á Cosette llamarle "padre". Un relámpago de alegría iluminó el ya continuamente sombrío rostro de Juan Valjean. Pero advirtió que debía llamarle Juan.

—¡Ah! es verdad—dijo ella riéndose,—señor Juan.

—Esto es—dijo él, volviendo la cabeza para que ella no le viese enjugarse los ojos.

III

Recuerdan el Jardín de la calle Plumet.

Esta fué la última vez. Después de aquel resplandor, vino la completa extinción.

Nada de familiaridad, nada de buenos días acompañados de un beso, nada de repetir esta palabra tan profundamente dulce: "¡Padre mío!" Por su propia súplica y complicidad, veíase sucesivamente despojado de todas sus dichas, y su mayor miseria consistía en que, después de haber perdido á Cosette por completo en un solo día, le era preciso perderla entonces nuevamente en detalle.

La vista acaba por acostumbrarse á la luz de una cueva. En suma, tener diariamente una aparición de Cosette le era suficiente. Toda su existencia se concentraba en aquella hora. Sentábase á su lado, la contemplaba silenciosamente, ó le hablaba de los años de su infancia, del convento y de sus amiguitas de entonces.

Una tarde—era uno de los primeros días de Abril, caliente ya, aunque fresco todavía; en el momento de la alegría del sol, los jardines que circuían las ventanas de Mario y de Cosette sentían la emoción del despertar, el espino apuntaba su flor, una joyería, el alelí, extendía sus diamantes por sus vetustos muros, las campanulas rosas sonreían en las hendiduras de las piedras, las velloritas y francesillas em-